



# MAIRENA PÓSTUMO

## 1

Con las postrimerías de una España — hubiera dicho Juan de Mairena — y el posible resurgir de otra, aparece en Francia una obra titulada *Erasme et L'Espagne*, cuyo autor es Marcel Bataillon. Tiene el libro una importancia capitalísima para el estudio de la cultura española del siglo xvi. El hecho de que la crítica española no haya todavía reparado en él, se explica por la casi inexistencia de una crítica española, y se disculparía, si esta crítica existiera, por las circunstancias de nuestra vida actual, sobradamente angustiosas, y por lo reciente de la publicación (1937). De todos modos, yo quiero hacer constar que, cualquiera que sea la filiación política — si alguna tiene — de Marcel Bataillon y que yo me complazco en ignorar, Marcel Bataillon es un egregio amigo de España, y de la España nuestra, que no es precisamente la que se ha vendido al ex-

tranjero, al par que gritaba en Salamanca: ¡ muera la inteligencia !

Digamos de pasada que una España que se vende no es una España demasíadamente española, y que el grito de Salamanca, que tuvo el inmediato correctivo de Unamuno, no es tan esencialmente español como pretenderán algún día hacernos creer los enemigos de España. Porque ese grito que no carece — confesémoslo — de precedentes españoles (recordemos la Universidad de Cervera) cuando fué proferido en la Salamanca franquista, era en gran parte de importación extranjera, y más lanzado para halagar los oídos teutónicos que para el regalo de los nuestros.

Consoladora es para nosotros la lectura del libro *Erasme et L'Espagne* de Marcel Bataillon, donde se dicen tantas cosas exactas y profundas sobre la prerreforma, reforma y contrarreforma religiosa en España y se pone de relieve la enorme huella de Erasmo de Rotterdam a través de nuestro gran siglo. En la honda crisis que agita las entrañas del cristianismo en aquella centuria no fué decisiva la influencia de Erasmo, sino la de Lutero, en Europa y la de Loyola, en España, mas fué en España donde tuvo de su parte a los mejores, sin excluir a Cisneros ni a Cervantes.

En el libro de Marcel Bataillon se excluye de intento un estudio profundo de nuestros místicos, y ni siquiera se cita a Miguel de Molinos. Se explica esta laguna por la misma probidad del autor, que no gusta de extenderse demasiado más allá del tema esencial de su obra. Por fortuna, no nos faltan lecturas que nos ayuden a llenarla (Unamuno, Baruzi — su gran obra sobre Juan de la Cruz — Américo de Castro, etc.) Encontramos, en cambio, páginas definitivas sobre

Arias Montano y los dos Fray-luises, y es todo el libro una ingente contribución al estudio de nuestra cultura o, como dice su autor, a la historia espiritual de España.

## II

Es la tercera Fiesta de la Raza que celebramos en plena guerra, la tercera vez que el destino nos pone en el trance oficial de hablar de nuestra raza en plena guerra. En verdad que no puede haber tema que sea más nuestro y, por ende, más de todos los días. Pero en el de hoy ha de tener una significación obligadamente más aguda. Sin embargo...

¡Fiesta de la Raza! Nuestros enemigos la celebrarán también el mismo día. La Retórica, o arte de conmover, deleitar y aún de persuadir con palabras, ha de emplearse, de un lado y otro del Atlántico, con idéntico fin — la exaltación de lo hispánico — por hombres que se sienten entre si radicalmente distintos. Esto quiere decir que las palabras deben, en este día cruzarse cargadas de significaciones diferentes, de razones opuestas. Mas, por desdicha, todos los hombres — como decía Molière — son semejantes por las palabras y, además, en tiempos de guerra las palabras se endurecen para convertirse en armas arrojadas, en proyectiles del mismo metal.

¡Retórica guerrera! No la empleemos demasiado. Porque lo grande de la guerra, no es la Retórica guerrera, sino lo que nuestro ejército, los héroes fieles a nuestra República y a nuestra patria están haciendo allí donde se encuentran:

combatir sin tregua contra la injusticia, contra la iniquidad, sin reparar ni en el número ni en la fuerza de sus enemigos. Limitémonos a recoger algún proyectil, de los que seguramente caerán en este día a nuestros pies, arrojado por la retórica de nuestros adversarios y sometámoslo a un examen ligero. Por ejemplo: *ellos representan a la España del Cid*. ¿Cómo puede faltar este nombre en un día de loor a la hispanidad? Yo me atrevo a ponerlo en duda, por razones expuestas hace más de dos años y sobre las cuales no quisiera insistir. Solo he de recordar éstas: El Cid, quiere decir el Señor — Rodrigo lo fué de si mismo en alto grado — y ellos tienen más de señoritos que de señores, justifican con su conducta un diminutivo que, en labios castellanos, tuvo casi siempre una significación despectiva. De suerte que el mote de su abuelo les viene un poco ancho. Y, dejando a un lado etimologías que pueden discutirse, recordemos que esos nietos de Campeador, se parecen demasiado a los yernos del mismo, los infantes de Carrión, nos evocan demasiado la fechoría del Robledo de Corpes, para que nos obliguen a pensar en las virtudes y en el valor de su ilustre abuelo. Recordemos que si la jura en Santa Gadea fué cosa del Cid — y en esto parece que la historia confirma plenamente la leyenda — el hecho nos presenta a Rodrigo, en primer lugar, como un campeón de la ética universal, y, en segundo, como un modelo de lealtad a su patria, al pueblo burgalés, cuyo mandato supo cumplir a costa del destierro. Ellos en cambio, aparecen como los perjuros por excelencia y los desleales por antonomasia. No *se destierran*, como el buen Rodrigo, a fuer de leales a la hombría de bien, pretenden desterrar a la lealtad misma.

Mas ¿porqué invocar una aristocracia tan modesta, que no puede pasar del siglo oncenó? ¿Porqué, mucho menos, recordar la más reciente todavía del *castellano leal*, el conde de Benavente que incendió su palacio por haber albergado al condestable de Borbón? El conde de Benavente dió, en efecto, una lección de españolismo a Carlos de Gante y a los flamencos que lo acompañaban, poniendo la lealtad a la patria por encima del interés y del éxito. Porque el condestable de Borbón no había traicionado a España, sino a su propio rey y en favor de España. Acaso el buen conde se adelantaba a Calderón, pensando que

el traidor no es menester  
siendo la traición pasada.

Aunque me inclino a creer que su gesto estaba muy por encima de la ética de esos versos calderonianos. Despreciaba al condestable por traidor, sencillamente. Ellos, en cambio, no han quemado todavía muchos palacios por motivos tan fútiles: los han dejado arder, los han expuesto al fuego de las bombas teutonas e italianas, para no ser infieles a los invasores de su patria. La única fidelidad de que pueden jactarse es la que tuvo el conde don Julián a sus propios reñcores. Y es esta aristocracia, tan antigua, lo que pueden invocar en justicia, y lo que suelen ellos callar, sin duda, por modestia. También nos dirán que la conquista de América fué cosa de ellos y que, sin sus abuelos — (Cortés, Pizarro, Almagro, etc.) no se hablaría en América la lengua de Cervantes. Reconozcamos que, si esto es cierto, las virtudes de la familia han decaído tanto que son precisamente los nietos

de aquellos ilustres capitanes quienes mejor trabajan porque la lengua de Cervantes desaparezca de todo el Nuevo Mundo. Por fortuna, la lengua de Cervantes (y la de Oviedo y Gómara y Bernal Díaz) la está defendiendo con su propia sangre un hombrecito que apenas se llama Pedro, y que no invoca ninguna de las virtudes tradicionales de su raza; se limita — sencillamente — a tenerlas.

Así hablaría Juan de Mairena en nuestros días, sin más objeto que el de iniciar a sus alumnos en lo que él llamaba *retórica peleona* o arte de descalabrar al prójimo con palabras.

### III

Alguién había censurado a Juan de Mairena su enemiga contra los entusiastas del cinematógrafo, de ese magnífico *instrumento de difusión cultural*. Mairena respondía, dejando a un lado sus razones quietistas, de índole metafísica, que no eran del caso: «Precisamente porque nunca ignoré ese carácter esencialísimo del cinematógrafo, he combatido siempre, por desorientados y desorientadores, a quienes pretenden asignarle un valor estético, de arte grande que no puede tener, con detrimento de su insuperable valor pedagógico. No dude usted, amigo Tortolez, que en los tiempos de Gutenberg, yo hubiera protestado contra los entusiastas de la imprenta, si estos hubieran sostenido que la misión de la letra de molde no era precisamente la de llevar el libro a todas partes, sino la de mejorar la calidad de los poemas, de las tragedias y de las novelas al imprimirlas, o que la im-

prenta había de crear una epopeya tipográfica para hacernos olvidar la Iliada, de Homero o la Comedia, del Dante. En verdad, no tenemos noticias de que los incunables que hoy veneramos tuvieran entusiastas de esta laya, cuando eran novedades flamantes. Tuvieron, en cambio, algunos enemigos entre quienes pensaban que la difusión de la cultura podría ser en perjuicio de la cultura misma. Hombres equivocados, sin duda, pero no totalmente exentos de sentido común.

## IV

No falta quien piense que el miedo a las terribles consecuencias de la guerra puede evitar la guerra. Esto es pedir al miedo lo que el miedo no puede dar, como el olmo no puede dar peras. Es, por el contrario, el miedo el más importante resorte polémico. Por eso se le aguzan los dientes o se le arma hasta los dientes.

\*

Reparad en que las fieras sólo pelean o por hambre, que es miedo a fallecer por falta de alimento, o para destruir a un competidor amenazante, que es miedo a la ferocidad misma, miedo al mismo miedo. Porque se confunde el valor con la ferocidad, con profundo desconocimiento de la psicología de las fieras, se ignora que el valor es virtud de los inermes, de los pacíficos — nunca de los matones — y que, a última hora,

las guerras las ganan siempre los hombres de paz, nunca los jaleadores de la guerra. Sólo es valiente quien puede permitirse el lujo de la animalidad que se llama amor al prójimo, y es lo específicamente humano.

ANTONIO MACHADO